

resto no hemos hallado en ninguna parte. La sencillez de lenguaje, con que se expresan ideas muy sencillas, le caracteriza de composición primitiva, así como también la falta de consecuencia en seguir el consonante, si bien esto puede provenir de que se ha suprimido la *e* en los versos que se enlazan.

4.º

LA INFANTA MORA Y ALFONSO RAMOS.

(Anónimo 1.)

Estaba la linda Infanta
A la sombra de una oliva,
Peine de oro en las sus manos,
Los sus cabellos bien cria.
Alzó sus ojos al cielo
En contra do el sol salía:
Vió venir un fuste armado
Por Guadalquivir arriba.
Dentro venía Alfonso Ramos,
Almirante de Castilla.
—Bien vengais, Alfonso Ramos,
Buena sea tu venida:
¿Y qué nuevas me traedes
De mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, Señora,
Si me aseguras la vida.
—Díselas, Alfonso Ramos,
Que segura te sería.
—Allá llevan á Castilla
Los moros de Berbería.
—Si no me fuese por qué
La cabeza te cortaría.
—Si la mía me cortases,
La tuya te costaría.

(Cancionero de Romances.)

1 No hemos podido averiguar la época histórica á que pertenece el asunto de este romance, pero nos recuerda cuentos que en nuestra infancia oíamos á las ancianas, donde las reinas y las infantas se tocaban al sol, ó á la sombra, en los bosques ó en sus palacios. Así debían ser las costumbres sencillas en los pueblos meridionales y pastores, y así lo vemos en los *Libros Sagrados*, y en la *Odisea*. Uno de los cuentos que se presentan á nuestra memoria es el de una reina á quien una mora esclava, que quería obtener el amor del rey su esposo, estando peinándola al sol la convirtió en paloma, clavándola un alfiler en la cabeza. Bajo esta forma la infeliz, que no quería apartarse de su marido, presenciaba las caricias y amores que obtenía su rival, hasta que el rey un día, viendo aquella palomita tan blanca, tan apacible y tan doméstica, la cogió en sus brazos, y acariciándola halló en su cabeceita el alfiler, el cual sacado, se deshizo el encanto, se supo la verdad, y la falsa mora fué quemada en castigo de su pecado.

5.º

LA INFANTA SEVILLA⁴ Y PERANZULES.

(Anónimo.)

Sevilla está en una torre
La mas alta de Toledo;
Hermosa es á maravilla,
Que el amor por ella es ciego.
Púsose entre las almenas
Por ver riberas del Tejo,
Y el campo todo enramado,
Como está de flores lleno.
Por un camino espacioso
Vió venir un caballero
Armado de todas armas,
Encima un caballo overo.
Presos siete moros traía
Aherrojados con fierro:
En alcance d'este viene,
Un perro moro moreno,
Armado de piezas dobles
En un caballo ligero.
El continente que trae,
A guisa es de buen guerrero;
Blasfemando de Mahoma,
De sobrada furia lleno.
Grandes voces viene dando:

—Espera, cristiano perro,
Que d'esos presos que llevas
Mi padre es el delantero,
Los otros son mis hermanos,
Y amigos que yo bien quiero;
Si me los das á rescate,
Pagártelos he en dinero,
Y si hacerlo no quisieres
Quedarás hoy muerto, ó preso.—
En oirlo Peranzules
El caballo volvió luego:
La lanza puso en el ristre;
Para el moro se va recio,
Con tal furia y lijereza
Cual suele llevar un trueno.
En el suelo le derriba,
Y á los primeros encuentros
Apeárase del caballo;
El pié le puso en el cuello;
Cortárale la cabeza:
Ya despues que hizo esto
Recogió su cabalgada,
Metióse luego en Toledo.

(Rosa-gentil. — It. WOLF, *Rosa de Romances*.)

4 Esta infanta Sevilla de Toledo es diferente de la hija del rey moro de Sansueña ó Zaragoza, de quien se enamoró Valdovinos siendo cautivo.
El romance es viejo y parece compuesto en el siglo xv.

6.º

CUESTION DE AMOR RESUELTA POR EL REY BUCAR.

(Anónimo 1.)

Entre muchos moros sabios,
Que hubo en Andalucía,
Reinara un moro viejo
Que rey Bucar se decia.
Siendo ya de muchos años
Que amancebado vivia,
Por ruegos de su manceba,
Que amaba mucho y queria,
Llamó á Cortes á sus gentes
Para un señalado día,
Porque en ellas se tratase
Lo que á sus reinos cumpla.
De muchas leyes que pone
Esta de nuevo añadía:
«Que todo hombre enamorado
Se casase con su amiga,
Y quien no la obedeciese
La vida le costaría.»
A todos parece bien,
A muchos les convenia;
Sino á un sobrino del Rey,
El cual ante d'él venia;
Con palabras muy quejosas
D'esta manera decia:
—La ley que tu Alteza puso,
Cierto que me desplacia;
Todos se alegran con ella,
Yo solo me entristecia,
Que mal puedo yo casarme,
Siendo casada la mía:
Casada, y tan mal casada,
Que gran lástima ponía.
Una cosa os digo, Rey,
Que á nadie no lo diría,
Que si yo mucho la quiero,
Ella muy mas me quería.—
Allí hablara el rey Bucar,
Esta respuesta le hacia.
—Siendo casada, cual dices,
La ley no te comprendía.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — It. WOLF, *Rosa de Romances*.)

4 El Bucar de que habla este romance es diverso del que combatió al Cid en Valencia. Es una de las cuestiones de origen provenzal, tan de moda entre nosotros en el siglo xv.

SECCION DE ROMANCES MORISCOS, QUE FORMAN SERIES DE NOVELAS¹.

ROMANCES DE MORIANA Y EL MORO GALVAN.

7.º

MORIANA Y GALVAN. — I.

(Anónimo 2.)

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvane;
Juegan los dos á las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde
Bien perdía una cibdade;
Cuando Moriana pierde
La mano le da á besare.
Del placer qu'el moro toma
Adormescido se cae.
Por aquellos altos montes
Caballero vió asomare;
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre
De amores de Moriana
Hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
La mañana de Sant Juane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
Conociérale en mirarle:
Lágrimas de los sus ojos
En la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
Y empezara de fablare:
—¿Qu'es esto, la mi señora?
¿Quién vos ha hecho pesare?
Si os enojaron mis moros
Luego los faré matare,
O si las vuestas doncellas,
Farélas bien castigare;
Y si pesar los cristianos,
Yo los iré conquistare.
Mis arrees son las armas²,
Mi descanso el pelear.
Mi cama, las duras peñas,
Mi dormir, siempre velare.
—Non me enojaron los moros,
Ni los mandedes matare,
Ni ménos las mis doncellas
Por mi reciban pesare;
Ni tampoco á los cristianos
Vos cumple de conquistare;
Pero d'este sentimiento
Quiero vos decir verdade:
Que por los montes aquellos
Caballero vi asomare,
El cual pienso qu'es mi esposo,
Mi querido; mi amor grande.—
Alzó la su mano el moro,
Un bofetón la fué á dare;
Teniendo los dientes blancos
De sangre vuelto los hae,
Y mandó que sus porteros
La lleven á degollare,
Allí do viera á su esposo,
En aquel mismo lugare.
Al tiempo de la su muerte
Estas voces fué á fablare.
—Yo muero como cristiana,
Y tambien sin confesare
Mis amores verdaderos
De mi esposo naturale.

(Códice del siglo XVI.)

1 En esta seccion deben tener presente los lectores, que

no siempre forman los romances historias seguidas, pues tal vez un poeta las empezaba y otros las seguian, prescindiendo de lo que estaba escrito. Además cualquiera caballero para cantar sus amores adoptaba un nombre moro, y á su dama le imponía otro, casi siempre tomado de los mas célebres romances. Por eso hay tantos homónimos, que, unidos entre sí forman infinitas aberraciones, y que no pueden enlazarse bien con los anteriores ó posteriores. Así lo advertiremos cuando llegue su caso.

2 El carácter de este romance indica su antigüedad y su origen muy anterior al descubrimiento de la imprenta, á la cual debió preceder como tradicional, primitivo é independiente del estilo y forma de las crónicas. Casi pudiera asegurarse que es uno de los pocos que, á lo ménos en su redacción primitiva, es anterior al siglo xv. Así él como los tres siguientes forman un interesante cuadro de costumbres y expresión de sentimientos. — Se halla inserto en el *Cancionero Flor de Enamorados*, y en la *Silva de Romances*, con los dos siguientes que están en la *Rosa de amores* de Timoneda: se han trasladado de un códice donde se hallan mas completos y ménos alterados que en los impresos. Todos ellos corresponden á la clase de los que se llaman viejos. Así este como los demas de Moriana tienen un carácter caballeresco muy marcado y particular que los distingue, con algunos otros de esta seccion, de los demas romances moriscos.

3 Este verso y los tres siguientes son el principio de un romance contrahecho, que empieza tambien diciendo: *Mis arrees son las Armas*, el cual cita Cervantes en el *Quijote*.

8.º

MORIANA Y GALVAN. — II.

(Anónimo 1.)

—¡Arriba, canes, arriba!
¡Que mala rabia os mate!
En juéves matais el puerco
Y en viérnes comeis la carne.
Ya hace hoy los siete años
Que ando por aqueste valle,
Pues traigo los piés descalzos
Las uñas corriendo sangre,
Pues como las carnes crudas,
Y bebo la roja sangre.
Busco triste á Moriana
La hija del Emperante,
Pues me la han tomado moros
Mañanica de Sant Juane,
Cogiendo rosas y flores
En un verjel de su padre.—
Oidolo ha Moriana,
Que en brazos del moro estae;
Las lágrimas de sus ojos
Al moro dan en la fase.

(Cancionero de Romances.)

4 Este romance viejo llama, en el *Cancionero*, Julianesa á la heroína de él; pero como es el mismo asunto novelesco del de los de Moriana, hemos aceptado este nombre para colocarle aquí. Su estilo, maneras y lenguaje indican ser de la misma época, y acaso anterior al del número 7.º que le precede.

9.º

MORIANA Y GALVAN. — III.

(Anónimo 1.)

Rodillada está Moriana,
Que la quieren degollare,
De sus ojos envendados
Non cesando de llorare;
Atada de piés y manos,
Que era lástima mirare;
Los cabellos de oro puro
Que al suelo quieren llegare,
Y los pechos descubiertos,
Mas blancos que non cristale.

De ver el verdugo moro
En ella tanta beldade,
De su amor estando preso
Sin poderlo mas celare,
Hablóle en algarabía
Como á aquella que la sabe :
—Perdonédesme, Moriana,
Querádesme perdonare,
Que mandado soy, Señora,
Por el rey moro Galvane.
¡Ojalá viese mi alma
Como vos poder librare !
Para libertar dos vidas
Que aquí las veo penare.—
Moriana dijo : — Moro,
Lo que te quiero rogare
Es que cumplas con tu oficio
Sin un punto mas tardare.—
Estando los dos en esto
El esposo fué á asomare⁴
Matando y firiendo moros,
Que nadie le osa esperare.
Caballero en su caballo
Junto d'ella fué á llegare.
El verdugo la desata,
Y le ayuda á cabalgare :
Los tres van de compañía
Sin ningun contrario hallare ;
En el castillo de Breña
Se fuéron á aposentare.

(Códice del siglo xvi. — Cancionero, Flor de enamorados. — Silva de varios Romances.)

⁴ En la Rosa de amores están intercalados los dos versos siguientes que faltan en el códice :
De la linda Moriana
Con seguridad mostrare.

40.

MORIANA Y GALVAN.—IV.

(Anónimo.)

Al pié de una verde haya
Estaba el moro Galvane ;
Mira el castillo de Breña
Donde Moriana estae ;
De riendas tiene el caballo,
Que non lo quiere soltare ;
Tiene el almete quitado
Por poder mejor mirare ;
Cuando con voz dolorosa
Entre llanto y suspirare,
Comenzó el moro quejando
D'esta manera á fablare :
—Moriana, Moriana,
Principio y fin de mi male⁴,
¡Cómo es posible, señora,
Non te duela mi penare,
Viendo que por tus amores
Muero sin me remediare ?
De aquel buen tiempo pasado
Te debrias recordare
Cuando dentro en mi castillo
Conmigo solias folgare :
Cuando contigo jugaba,
Mi alma debrias mirare
Cuando ganaba perdiendo,
Porque era el perder ganare :
Cuando meresci ganando
Tus bellas manos besare,
Y mas cuando en tu regazo
Me solia reclinare,
Y cuando con ti fablando
Durmiendo solia quedare.
Si esto non fué amor, Señora,
¡Cómo se podrá llamare ?
Y si lo fué, Moriana,
¡Cómo se puede olvidare ?—

A lo alto de una torre
Moriana fué á asomare,
Y al enamorado moro
Aquesto fué á declarare.
—Fuye de aquí, perro moro
El que me quiso matare,
El que me robó doncella,
Y dueña me hubo forzare :
Las caricias que te fice
Fuéron por de ti burlare
Y atender mi noble esposo
Que viniese á libertare.—
Salió de Breña el cristiano
Y arremete al buen Galvane :
Pasádole ha con la lanza
Y el alma del cuerpo sale.

(TIMONEDA, Rosa de amores. — WOLF, Rosa de Romances.)

⁴ Los cuatro versos que siguen recuerdan la cancion que dice :

¿Dónde estás, Señora mía,
Que no te duele mi mal ?
O tú lo ignoras, Señora,
O eres falsa y desleal.

Los cuatro siguientes son el original ó la imitacion de los que en el romance del Cid, que empieza *Afuera, afuera, Rodrigo*, dicen :

Acordarte se debía
De aquel buen tiempo pasado, etc.

Conviénenle las mismas observaciones que á los números 7.º y 8.º; pero ó es mas moderno, ó ha sido posteriormente modernizado.

41.

MORIANA Y GALVAN.—V.

Glosa del romance que dice : Moriana en un castillo.

(Anónimo.)

Con su riqueza y tesoro
Galvan sirve á Moriana ;
Ella se deshace en lloro
Por ver que siendo cristiana
Está cautiva de un moro ;
Y su doloroso afan,
Que sus tristezas le dan,
Pasa sin osar decillo :
«Moriana en un castillo
»Con ese moro Galvan».
Robóla el moro atrevido
De la huerta de su padre,
Sin ser de nadie impedido,
De los ojos de su madre,
Y poder de su marido.
En su castillo y lugar
La quiere tanto adorar,
Que en un jardín recostados
«Jugando están á los dados
»Por mayor placer tomar».
Y tanta pena sentía,
Que por victoriosa palma
Tiene cuanto allí perdía :
Ella aunque triste en el alma
Muestra en el rostro alegría !
Y solo en ver su beldad
Está tan sin libertad,
Que echado en la yerba verde,
«Cada vez que el moro pierde,
»Pierde una villa ó ciudad».

(Romancero general.)

⁴ Debiera colocarse esta glosa del romance núm. 7.º en el Cancionero, pero como forma parte de la historia de Moriana y de Galvan, y la aclara algo, la hemos puesto entre los romances. Pertenece á los fines del siglo xvi.

ROMANCES DE ABENAMAR.

12.

ABENÁMAR.—I.

(Anónimo.)

Por arrimo su abornoz,
Y por alfombra su adarga,
La lanza llana en el suelo,
Que es mucho allanar su lanza ;
Colgado el freno al arzon,
Y con las riendas trabadas
Su yegua entre dos linderos
Porque no se pierda y pazca ;
Mirando un florido almendro
Con la flor mustia y quemada
Por la inclemencia del cierzo
A todas flores contraria,
En la vega de Toledo
Estaba el fuerte Abenámár,
Frontero de los Palacios
De la bella Galiana.
Las aves que en las almenas
Al aire extienden sus alas,
Desde léjos le parecen
Almazares de su dama.
Con esta imaginacion,
Que fácilmente le engaña,
Se recrea el moro ausente,
Haciendo de ella esperanzas :
—Galiana, amada mía,
¿Quién te puso tantas guardas ?
¿Quién ha hecho mentirosa
Mi ventura y tu palabra ?
Ayer me llamaste tuyo,
Hoy me ves, y no me hablas :
Al paso de estas desdichas
¿Qué será de mi mañana ?
¡Dichoso aquel moro libre
Que en mullida ó dura cama,
Sin desdenes, ni favores,
Puede dormir hasta el alba !
¡Ay, almendro ! ¡cómo muestras
Que la dicha anticipada
No nació cuando debiera,
Y así debe, y nunca paga !
Pues eres ejemplo triste
De lo que en mi dicha pasa,
Yo prometo de traerte
Por divisa de mi adarga ;
Que abrasado y florecido
Aquí como mi esperanza,
Bien te cuadrará esta letra :
«Del tiempo ha sido la falta.»
Dijo ; y enfrenando el moro
Su yegua, mas no sus ansias,
Por la ribera del Tajo
Se fué camino de Ocaña.

(Romancero general. — II. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.)

⁴ Este y casi todos los de esta seccion pertenecen al último tercio del siglo xvi, es decir, á aquella época en que los cantos populares cesaron, y los poetas de profesion se apoderaron de ellos para devolvérselos al pueblo mas perfectos é ideales, pero no tan gráficos ni característicos como fuéron los primitivos y los de los juglares. Hay entre unos y otros una diferencia muy semeiante á la que existe entre el retrato de un pintor maestro, y el que sale de un daguerrotipo.

13.

ABENÁMAR.—II.

(Anónimo.)

En el mas soberbio monte,
En los cristales del Tajo
Se mira como en espejo
Solo de verse tan alto,

El desterrado Abenámár
Está suspenso, mirando
El camino de Madrid,
Descubierto por el campo,
Y con los ojos midiendo
La distancia de los pasos.
Quejarse quiere, y no puede ;
Y al fin se queja llorando :
«¡Oh, terribles agravios !
»Sácanme el alma, y ciérranme los labios.»
¡Oh camino venturoso,
Que á los muros derribados
De mi patria ingrata llegas,
Honrada con mis trabajos !
¿Por qué me dejas á mí,
Tú que vas llevando á tantos,
En los montes de Toledo,
Prision de mis verdes años ?
De que seas tan comun
Siempre te estoy murmurando ;
Porque, como te adoré,
De que te pisen me espanto.
«¡Oh terribles, etc.»
El alcaide de Reduan,
Mas envidioso que hidalgo,
Me ha puesto en esta frontera
Por terrero de cristianos.
Atalaya soy aquí
Del maestre de Santiago ;
Pero mas lo soy de aquella
Maestra de mis engaños ;
Y porque dello me quejo,
Que solo en esto descanso,
Amenaza mi cabeza,
Y así mis agravios callo.
«¡Oh terribles... etc.»
Si callo, me llaman mudo,
Y maldiciente si hablo ;
Y lo que de griegos digo,
Lo entienden por los troyanos.
Mordaza me pone el vulgo,
Intérprete de mis daños,
Si ven, que el alma ofendida
Tiene la lengua por manos :
Todos miran lo que digo,
Mas no miran lo que paso :
¡Maldiga Dios el jüez
Que no consiente descargos !
«¡Oh terribles agravios !
»Sácanme el alma, etc.»

(Romancero general.)

14.

ABENÁMAR.—III.

(Anónimo.)

Su remedio en el ausencia,
Y sin remedio aunque parta,
Falto de todo consuelo,
Que todo el mundo le falta,
Sale á cumplir su destierro
El desdichado Abenámár,
Que por bien amar padece,
Y ajenas culpas lo causan.
Pide un caballo cualquiera,
Porque su yegua alazana,
Por ser hembra, no la quiere,
Pues al mejor tiempo faltan.
Quita al bonete las plumas
Azul, amarilla y blanca :
Que no las quiere llevar,
Por ser colores de Zaida,
Colores que adoró el moro,
Porque á su dueño adoraba,
Y desea aborrecellas,
Porque otro moro las ama.
De su ventura heredero,
De su dama y de su patria,

A quien en vano se queja,
Y á los suyos desagrada;
Porque un moro advenedizo
Es poderoso en Granada
A gozar tan libremente
De las prendas de su alma,
Y de los floridos años
De su mora, bella ingrata,
Siendo en el talle disforme,
Y sin provecho en las armas;
Porque el rey le favorece,
O porque en el mar de España
Es señor de dos galeras,
O porque lo quiere Zaida.
Con esta imaginacion
Sus ojos tornados agua,
Habiendo pensado un rato
En sus venturas pasadas,
En sus trabajos presentes,
En sus esperanzas vanas,
En mano ajena su gloria,
Y en las del tiempo sus ansias,
Sus riquezas poseidas
De quien las tiene usurpadas,
Tan mal pagada su fe,
Pues que su fe no se paga,
Para memoria de todo
Aquestas divisas manda,
Que si es posible, le pinten
En el campo de la adarga,
Pues una sola no puede
Manifestar su desgracia,
Y que tantas desventuras
Requieren divisas tantas:
Un verde campo abrasado,
Vueltas en carbon las brasas
Y el carbon hecho cenizas,
Como están sus esperanzas:
Una deseada muerte,
Que volviendo las espaldas,
Parezca que va huyendo
De quien á voces la llama:
Un rico avariento, luego,
Que una joya encierra y guarda
Que teme que se la roben,
Porque no puede gozalla:
Un gallardo Adónis muerto,
Que un puerco le despedaza;
Y un invierno que comienza,
Con un verano que acaba.—
Esto dijo el fuerte moro,
Y convertidas en saña
Sus lágrimas y sus quejas,
A la pintura no aguarda.
De ninguno se despide,
Y de la vida se aparta,
Jurando de no volver
Eternamente á Granada.

(Romancero general.)

15.

ABENÁMAR. — IV.

(Anónimo¹.)

De su fortuna agraviado,
Y sujeto á quien le agravia;
De todo el mundo quejoso,
Porque lo está de su dama,
De su patria se querella
El desdichado Abenámara,
Y dice que le persigue,
Y á los extraños ampara;
Y que un moro advenedizo
Es poderoso en Granada
Para gozar libremente
De las prendas de su alma,
Y de los floridos años
De su bella mora ingrata,

Siendo en el talle disforme
Y sin provecho en las armas,
Porque el rey le favorece,
Y porque en el mar de España
Es señor de dos galeras,
O porque le quiere Zaida.
Con esta imaginacion
Sus ojos tornados agua,
Habiendo pensado un poco
En sus venturas pasadas,
En sus trabajos perdidos,
En sus esperanzas vanas,
En mano ajena su bien,
Y en la del tiempo sus ansias;
Sus riquezas poseidas
De quien las tiene usurpadas;
Tan mal pagada su fe,
Porque de fe no se paga,
A un paje manda que luego
Un pintor allí le traiga,
Que estas divisas le pinte
En el campo del adarga,
Porque una sola no puede
Manifestar su desgracia;
Porque tantas desventuras
Requieren divisas tantas.
Un verde campo abrasado,
Vueltas en carbon las brasas,
Y el carbon hecho ceniza
Como lo está su esperanza:
Un rico avariento luego,
Que una joya encierra y guarda,
Que teme que se la roben,
Porque él no puede gozalla:
Un gallardo Adónis muerto,
Que un puerco le despedaza:
Un invierno que comienza,
Con un verano que acaba;
Un jardín verde y hermoso
Que se marchita y estraga,
Gozado y pisado á solas
De unas groseras abarcas.—
Esto dijo el fuerte moro;
Y convertidas en saña
Las lágrimas y suspiros
A la pintura no aguarda.
Pide un caballo cualquiera,
Porque su yegua alazana,
Por ser hembra no la quiere,
Pues al mejor tiempo falta.
Quita al bonete las plumas
Azul, amarilla y blanca,
Que no las quiere llevar
Por ser colores de Zaida.
De mujer no se despide,
Y de la ciudad se aparta,
Jurando de no volver
Eternamente á Granada.

(Romancero general.)

16.

ABENÁMAR. — V.

(Anónimo.)

Entre leonados rubies,
Entre verdes esmeraldas,
Sobre las muertas cenizas
De plumas que fueron pardas,
Sacó dos manos asidas
En el bonete Abenámara,
Blasonando la unidad
Del secreto y su esperanza,
Lo azul, que descubre el cielo
Entre seis estrellas claras.
El valiente cuello ciñen
Las rojas venas de Arabia,

¹ Este romance es una repetición del anterior, pero está mas bien ordenado y correcto.

Y á matices finos cubren
Del brazo la corta manga,
Y abona de la memoria
Los asaltos y emboscadas;
Porque lo asaltó en las paces
Amor con recias escalas.
Ya pisa el moro galan
Las alfombras del Alhambra,
Donde su primo Celin
Se casó con Celindaja;
A quien con voz algo triste
De rodillas en sus faldas,
A vueltas del parabien
Dijo quedo estas palabras:
— ¡Oh prima del alma mia!
Por tu vida que bien asgas
La ocasion de los cabellos,
Y de fortuna las alas:
Enlaza este pecho tuyo
Con la mitad de tu alma:
Mil años con él te goces,
Y en él tus centellas ardan,
Que en las sombras de tu gloria
Yo mis tormentos trocara:
Idolo fuera del tiempo
Con seguro de mudanza;
Y si cual te ves, me viera,
A los cielos de tu fama
Rindiera amor tus paredes,
Sujeto á ofrecerte pagas:
Cualquiera mármol cubriera,
Todos los bronce pintara,
Codicioso de tesoros
Al gusto que me sobrara.—
El moro dijera mas;
Pero la fortuna avara
Ordenó que Azarque fuese
A danzar con Celindaja.

(Romancero general.)

17.

ABENÁMAR. — VI.

(Anónimo.)

Fuerte, galan y brioso,
Que á toda Granada espanta,
Rico de insignias de amor
Sale el valiente Abenámara.
Del colorado bonete
Lleva la vuelta bordada,
Con una cifra que dice:
«De amor es mi alegre causa».
Aprieta bonete y frente
Una verde sinabafa,
Y entre dos moradas plumas
Lleva sujeta una blanca.
Enmedio roseta y toca,
Una esmerada medalla,
Con una cifra que dice:
«Entre dos hay sola un alma».
Capellar y tunicela
Lleva de color morada,
Y á trechos cifras que dicen:
«Eres sol de mi esperanza».
Lleva en el siniestro lado
Una fuerte cimitarra,
En un caballo tordillo
Todo cubierto de manchas;
El brazo derecho lleva
Con una leonada manga,
Y banderilla turquesca
En el cabo de la lanza;
Y paseando poco á poco
Llegó al campo de Daraja,
Mas vió que estaba cerrado
Por mano de aquella ingrata.
Hizo la seña que suele
Adonde un poco se tarda,

Que fué para el galan moro
Celos y desconfianza.
Hace saltar su caballo
Porque oyese sus pisadas,
Y en ello viese la mora
Que con aficion le aguarda.
Echó de ver su desdicha
En la celosa tardanza,
Y el corazon animoso
Tiernas lágrimas derrama.
Dice: — Salió verdadera
La sospecha de mi alma,
Adonde es bien conocido
Tu poca ley, y fe falsa.
Déjame por un genizaro
Que fué de nacion cristiana,
Afrentado por Gomet
En las zambras del Alhambra.
¿Adónde está tu aficion
Y aquel amor que mostrabas?
¿Las lágrimas que vertias
Con amorosas palabras?
¿Oh mas mudable que el viento
Mas débil que frágil caña,
Mas ingrata á mis servicios
Que la cruel Atalanta!
No me espanto de todo esto,
Ni de lejera mudanza,
Porque al fin eres mujer,
Y solo el nombre te basta.—
Dió vuelta el gallardo moro,
Toda la color mudada,
Dando al vulgo que decir,
Con su alegría vuelta en rabia.

(Romancero general.)

18.

ABENÁMAR. — VII.

(Anónimo¹.)

— Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
¿Dónde podré ver á Zaida?
La forastera te digo,
A aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias:
A aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas
Celebran los moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por vella á la mezquita,
Por vella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
¿Cierta señal que me agravia!
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo celos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¿Nunca viniera á Granada!
Sale mi Alcaide de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádale mis caricias,
Y estar conmigo le enfada:
¿No es mucho que yo le canse,
Si en otra parte descansa!
Si está en el jardín conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas niégame las palabras.
Si le digo ¿vida mia!
Me responde: mis entrañas;
¿Pero con una tibieza
Y un hielo que me las rasga!
Y mientras mas le regalo,
Como trae vestida el alma

De pensamientos traidores,
Enseñame las espaldas.
Si me enlace de su cuello,
Baja los ojos, y baja
La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta y se desenlaza,
Arrojando unos suspiros
Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas encienden
Y mis contentos abrasan.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada!
¡Pues decir que le he ofendido!
¡En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana!
Si he tomado mano ajena,
Ni he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola,
La de su Alcoran se guarda.
Mas, para qué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes, y lo callas?
No jures, que no te creo.
¡Aquella mujer mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
Que son traidores los hombres,
Como sus promesas falsas;
Muerto el fuego desaparecen
Como escritas en el agua.
Del prometer al cumplir,
¡Qué jornadas hay tan largas!
¡Qué ventas en el camino,
Tan yermas y tan cerradas!
¡Ay Dios, que me acuerdo cuando!...
Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene:
Tenme, Tarfe, no me caiga.—
Dijo llorando Adalifa,
Celosa de su Abenámár,
Y en brazos del moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

(Romancero general.)

¡ Con cuánta naturalidad, delicadeza y gracia se pintan en este romance, uno de los muy buenos de su clase, los sentimientos celosos de una dama tiernamente enamorada! Es uno de los mejores en su clase, y pertenece al fin del siglo XVI.

19.

ABENÁMAR.—VIII.

(Anónimo.)

Tan celosa está Adalifa
De su querido Abenámár,
Que si le miran se ofende,
Y se ofende si le hablan.
Si á dicha con otros moros
Corre toros, juega cañas,
Jamás le pierde de vista
En las fiestas y en las zambras
Y si acaso por su rey
En defensa de su patria
Con las armas al contrario
Sale á correr en campaña,
Si como no se permite
Le fuera decente causa,
No lo dejara un momento,
Mas siempre le acompañara,
Porque en apartarse de él
En vivo fuego se abrasa,

Y aun de sus palabras tiene
Celos, cuando con él habla.
Sus pensamientos le siguen
Siempre que sale de casa,
Buscando mil invenciones,
Y haciendo mil pruebas varias,
Porque al fin los celos son
Hijos de amor en quien ama,
Que los engendra el deseo,
Temor y desconfianza;
Y como quien quiere bien
Jamás se asegura en nada,
Son los celos amorosos
Efectos de aquesta causa.

Y estando una tarde á solas
Con Adalifa Abenámár,
Estas palabras le dice
Con mil suspiros del alma:

—Valeroso capitán,
Claro espejo de las armas,
Temor de los enemigos,
Fuerte muro de Granada,
Espejo de la milicia,
Archivo en quien mi esperanza
Vive, y todo mi contento,
Causa de todas mis ansias:
No te espantes que mis ojos
Ante tí derramen agua,
Porque al fin los ojos son
Las alquitaras del alma,
Por donde el amor destila
Los vapores que derrama
La pena en el corazón
Con el fuego que le abrasa,
Cuyo valor excesivo
Hace que del pecho salga
El agua, con que el dolor
Del corazón se descarga;
Y como á mí me combaten
Fuego, amor, temor, mudanza,
Celos y sospechas, lloro,
Porque el corazón descansa.
Por Alá te pido y ruego
Que aunque te miren las damas
No las mires, ni las veas,
Porque en hacello me agravias:
Que como eres tan galán,
Cuanto valiente en las armas,
Por galán te dan el premio,
Y por valiente la palma.—
Abenámár le responde:

—Adalifa de mi alma,
Si para satisfacerte
Es menester que se abra
El pecho, donde te tengo
Al natural retratada,
Haré por solo tu gusto
Puerta en él patente y ancha,
Para que tú propia veas,
Si acaso no estás turbada,
Como Abenámár te tiene
Fe inviolable, afición casta.
Y si imaginas que miento,
Ruego á Alá que cuando salga
Al campo con el cristiano
Me mate á malas lanzadas;
Que jamás tenga victoria
Cuando á escaramuza salga,
Y que cautivo me nieguen
La libertad deseada;
Mis enemigos me ofendan,
Mis amigos no me valgan,
Deudos y bienes me falten
Cuando menester los haya;
Y finalmente no vea
Cumplidas mi esperanzas
Para gozar tus amores,
Sino que muera de rabia.
Y con esto, vida mía,

Se asegure tu esperanza:
Cesen tus celos, y cesen
Esas perlas que derramas,
Que por lo que te he jurado
Y por la fe reservada
Sola á tí en mi corazón,
Que Abenámár no te engaña.—
Con esto quedó contenta,
Tan satisfecha y pagada,
Que trocó desde aquel punto
En fe la desconfianza.

(Romancero general.)

Si el anterior retrata primorosamente las inquietudes de una dama celosa, este no le cede en ello; pero además pinta con delicadeza y ternura el modo con que el galán pretende calmar las sospechas y aprehensiones de su amiga.

20.

ABENÁMAR.—IX.

(Anónimo.)

Ya no tocaba la vela
La campana del Alhambra,
Porque las torres Bermejas,
Bañaba de plata el alba,
Cuando sin haber dormido
Recuerda el fuerte Abenámár,
Con mas cuidado que sueño:
¡Qué mal duerme quien bien ama!
Y viendo que sale el sol
Y que no sale Daraja,
Con lágrimas de sus ojos
Aqueste canto acompaña.
—Si amanece el alba
Bordando los cielos,
Para mí con celos
Anochece el alma.
Paso llorando la noche,
Aguardando á la mañana,
Y es de condicion tu sol,
Que no saliendo me abrasa.
Vanse las claras estrellas,
En mi desengaño claras,
Y aunque sol, no es para mí,
Que para mí todo es agua.
¡Qué importa que el sol hermoso
De las Indias venga y vaya
A traer á España el día,
Si me esconde su luz clara?
Si amanece el alba
Bordando los cielos,
Para mí con celos
Anochece el alma.—

(Códice del siglo XVII.)

Es una lindísima y sentida composición.

21.

ABENÁMAR.—X.

(Anónimo.)

Albornoces y turbantes
No traen los moros de Gelves,
Marlotas ni capellares,
Almazales ni alquiceles;
Ni traban escaramuzas,
Ni alheñan los brazos fuertes,
Ni procuran por sus damas,
Si están presentes ó ausentes;
Ni de celosas porfias,
Ni de amorosas mercedes:
Todos de negro vestidos
Con vestidos portugueses,
Por la muerte de Abenámár,
Que de muchos es pariente.
Viendo que traga la tierra

A quien tragaba la gente,
Y que la muerte y amor
Jamás respetó valiente,
En casa del moro muerto
Mil vivos están presentes.
Unos publican la causa
De sus deseos ardientes;
Otros que murió de celos,
De desamor y desdenes.
Secas esperanzas viejas
En años mozos y verdes,
Lloran sus amigos dél,
Y otros dél hay maldicientes,
Que hallaron al moro escrito,
Revolviendo sus papeles:
«Es mi voluntad, amigos,
Que si en Gelves yo muriese,
Que me entierren en mi tierra,
Porque mas no me destierre:
Que en presencia son los males
Como en ausencia los bienes.»

(Romancero general.)

ROMANCES DE AZARQUE EL GRANADINO.

22.

AZARQUE EL GRANADINO.—I.

(Anónimo.)

Ensillemme el potro rucio
Del alcaide de los Velez,
Dénme la adarga de Fez,
Y la jacerina fuerte,
Una lanza con dos hierros
Entrambos de agudo temple:
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre blancos martinetes,
Y garzotas medio pardas,
Antes que me vista dénme.
Pondréme la toca azul
Que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
Hija de Celin Amete,
Y aquella medalla en cuadro
Que dos ramos la guarnecen,
Con las hojas de esmeraldas,
Por ser los ramos laureles;
Un Adónis que va á caza
De jabalies monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra: *Muere*.
Esto dijo el moro Azarque
Antes que á la guerra fuese,
A aquel discreto animoso,
A aquel galán y valiente
Almoralfé el de Baza,
De Zulema descendiente,
Caballeros que en Granada
Paseaban con los reyes.
Trajéronle la medalla,
Y suspirando mil veces
Del bello Adónis miraba
La gentileza y la suerte:
—Adalifa de mi alma,
No te aflijas ni lo pienses:
Viviré para gozarte;
Gozosa vendrás á verme.
Breve será mi jornada;
Tu firmeza no sea breve:
Procura, aunque eres mujer,
Ser de todas diferente.
No te parezcas á Vénus,
Aunque en beldad te pareces,
En olvidar á su amante
Y en no respetarle ausente.

Cuando sola te imagines,
Mi retrato te consuele,
Sin admitir compañía
Que me ultraje y te desvele:
Que entre tristeza y dolor
Suele amor entretenerse,
Haciendo de alegres tristes,
Como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
Que abiertos los ojos tiene,
Y que es pintura encantada
Que habla, que vive, y que siente:
Acuérdate de mis ojos,
Que muchas lágrimas vierten,
Y fe á que lágrimas tuyas
Pocas moras las merecen!—
En esto llegó Galvano
A decirle que se apreste,
Que daban prisa en la mar
Que se embarcase la gente.
A vencer se parte el moro,
Pues que gustos no le vencen;
Honra y esfuerzo le animan,
Cumplirá lo que promete.

(Romancero general. — II. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte. — II. PEREZ DE HITA, His-
toria de los bandos de los Cegries, etc.)

⁴ Este Azarque es el que en las guerras de Granada llama-
man Malique Alavez, y Adalifa, la que llaman Cohaida: ambos
distintos del Azarque y Lindaraja de Toledo del Romancero
general. El romance es de los mas célebres y populares de su
clase, y ha sido objeto de una parodia que empieza: *En-
sillénme el asno rucio*, etc. Por su brio y brillantez es muy
simpático con el carácter español, y en especial con el de los
andaluces.

23.

AZARQUE EL GRANADINO. — II.
(Anónimo.)

—Recoge la rienda un poco;
Para el caballo que aguja
Medroso del acicate
Con que furioso le picas:
Que, sin uso de razon,
A mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú desleal olvidas,
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con sus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡Oh cruel á mi memoria,
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias!
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
Y yo á tí ¡qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias:
Que amor y tiempo, en mil años,
No están iguales un día.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuera rica,
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿Adónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
Defenderme del tiempo,
Y de tí no tendré envidia.
¡Mas bien pudiera saberlo
Si yo saberlo quería,
Cuando escuché tus razones
Y vi tus quejas escritas!
Disculpas pensabas darme:
No quiero que me las digas:
Para la dama que engañas

Será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
Bien será que te despidas
De mi alma y de mis ojos,
Como de mis celosias.—
Esto dijo al moro Azarque
La bella Zaida de Ollas,
Y cerrando su balcon,
Dió principio á sus desdichas.
El moro picó el caballo,
Y hácia el terrero le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

(Romancero general.)

⁴ Por iguales razones que el anterior es atendible este
romance.

24.

AZARQUE EL GRANADINO. — III.
(Anónimo.)

En un balcon de su casa
Estaba Azarque de pechos
Con el humilde Cegri,
A quien trata mal el tiempo.
Un memorial de sus glorias
Estaba Azarque leyendo,
Que al pobre Cegri causaba
Pena triste, y llanto eterno;
Cuando hácia la puerta Elvira
La larga vista tendiendo,
Vió cómo en el mar de España
Sus rayos lanzaba Febo;
Y bajándola algo mas
A contemplar, cómo el suelo
Su bella color trocaba,
Mudando lo verde en negro,
Vió que entraba por la puerta
Nueva luz, y otro sol nuevo,
Cuyos rayos excedian
A los que esparce del cielo.
Tornó el color á la tierra,
Y quitando el negro velo,
Anunció con su verdura
Un no esperado contento.
Dijo Azarque: —Aunque mi vista
Aquel sol hiere de lleno,
Es Celinda la discreta,
O me engaña mi deseo.
Bien lo dice su belleza,
Pues causa con sus efectos
En las almas donde toca
Gloria inmensa, y gozo inmenso.—
Reconociéndola el moro
Quitó el bonete de presto,
Humillando la cabeza
Hasta debajo del pecho.
Celinda se levantó,
Y bajando todo el cuerpo,
Cumplió al moro su esperanza,
¡Que no fué favor pequeño!
Y de muy alegre, triste,
Porque se acabó tan presto,
Daba callando mil voces:
Que el gozo hace mil extremos.
Siguiéndola con la vista
La dice: — ¡Mucho te debo,
Pues sin haberte servido
Das tal pago á mis respetos!
Aqueste favor, Señora,
Aunque yo no lo merezco,
Le pondré con los demas,
Cuyo número es incierto,
Y bastará su memoria
A desterrar mis tormentos,
Y entre glorias y pesares
Será bastante el tercero.—

Celinda en esto pasó,
Y Azarque dejando el puesto,
Ufano con tal merced
Se retiró á su aposento.

(Romancero general.)

25.

AZARQUE EL GRANADINO. — IV.
(Anónimo.)

Arrancando los cabellos,
Maltratándose la cara,
Está la bella Adalifa,
Porque su Azarque se embarca,
Echando tierra en los ojos,
Mordiéndose las manos blancas,
Maldiciendo del contrario
Por quien se hace la jornada.
— ¡Ay capitán de mi gloria!
¡General de mis entrañas!
¡Patron de mis pensamientos!
¡Competidor de mis ansias!
¡Lustre de mi rostro alegre!
¡Alegria de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Espejo en que me miraba?
¡Ay Azarque, mi Señor!
Mi Señor, pues ¿qué me mandas?
¿Mándasme que esté esperando?
¡Larga será mi esperanza!
Allá tendrás una guerra,
Y acá otra guerra te aguarda:
Piénsasme dejar en salvo
Y estoy metida en campaña.
¡Ay! si mi ausencia te aqueja,
Y mi favor te acompaña,
Tu solo serás bastante
Para vencer la batalla.
Mi fe te encomiendo, Azarque;
Alá vaya en tu compañía,
Porque vuelvas con victoria,
Pues con victoria te embarcas.
¡Bien dirás, Azarque mio,
Que mujeres son livianas!
Mas hay muchas diferentes
Como soldados en armas.
Nadie me verá sin tí
En baile, sarao ó zambra;
Ni me verán en conciertos,
Sino metida en mi estancia.
Ya no me verán las moras
Vestir almaizar, ni galas,
Porque poco le aprovecha
Vestirse un cuerpo sin alma.—
Con esto llegó Celinda
Prima hermana de Bahata,
Y dió fin á sus razones,
Pero no le dió á sus ansias.

(Romancero general.)

26.

AZARQUE EL GRANADINO. — V.
(Anónimo.)

—Bien te acuerdas, fácil mora,
Que me llamaste tu amado,
Y que lloraste á mis ojos,
Aunque de Circe fué el llanto.
Bien sabes que me pediste
Celos, torciendo los brazos,
De tu madre, porque tiene
Grave rostro y blancas manos.
Bien sabes que en mi partida
Tus cabellos se juntaron
Con mis colores, creyendo
Que del amor fueran lazos,
Y que sin perlas el cuello,

Y con almaizales pardos
Estarias hasta verme,
Y que te creí de falso.
Tú te trocaste, Adalifa,
Y yo tambien me he trocado:
Si dura estás á mis quejas,
A las tuyas no estoy blando.
Tus cabellos no los quise,
Y por este desengaño
Conocerás que cabellos
No pueden atar soldados;
Y que vistas pardo ó verde,
De burriel, ó de damasco,
No me importa, porque privo
Con quien arrastra tres altos.
Quiéreme alzar esta dama,
En cuyos amores ardo,
Con favores, y sin quejas,
Alegres y asegurados:
Mora que en las reales zambras
Tiene el cojin mas cercano
A la reina, por hermosa,
Y por dama de palacio.
Pasean competidores,
Y yo de todos triunfando
Gozo lo que merecian,
Siquiera por desvelados.
No hay día sin nuevo gusto
Ni favor nuevo; ya he dado
En que no me traigan mas
Para acabar de estrenarlos,
Y porque vivas empresas
Que de mi ventura saco
No me cumple que se mezclen
Con los que se dan acaso.
¡Oh, si vieses, Adalifa,
La fineza de este trato!
¡Qué corrida que estarias
Del tuyo fingido y varió!
¡Oh, si vieses el amor
Conmigo agora tan franco!
¡Qué de envidia me tendrías
Viendo que contigo acabo!
Al fin, como acá es el mundo
Tan liberal y tan ancho,
De tus mudanzas me olvido,
Y de tu olvido me pago.
Doite cuenta de mis bienes,
Porque te ofenda el pensallo,
Y porque entiendas que en mí
Tus memorias espiraron.
Y porque Aliaja me pide
Cuenta del tiempo que gasto,
Y de tí no hago cuenta;
Ya no mas, porque me tardo.—

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

⁴ En el romance siguiente se da á esta mora el nombre de
Celindaja.

27.

AZARQUE EL GRANADINO. — VI.
(Anónimo.)

—Desensillenme la yegua
Que del potro rucio es madre,
Y la adarga que es de Fez
Por fe de Alcoran se guarde;
Y la lanza con dos hierros
En mi sangre se acicale:
Que en mi sangre, que no en otra,
Pequeños yerros son grandes.
La jacerina y el casco
Me quiten y me desarmen:
Que lo que es acero en guerras,
Se vuelve cera en las paces.
Martinetes y garzotas,
Pues son plumas, dénselo al aire,
Que mejor vuelan en tierra,